



CAPITULO XVIII

«Sacra fames»

POBRE Sedeño! ¡La bomba aquella le había caído en la sesera, y de alegre, donoso y chispeante se había convertido en una verdadera ruina! El pasito sandunguero y un poco danzarín, se había tornado en un triste arrastrar de las extremidades; el guiñar del ojo alerta, que parecía reconcentrar la vida de los dos, se había trocado en una parálisis de los párpados; y la inquietud de pies y manos, que le servía para confirmar, aceptar ó denegar lo que el contrario le proponía, era ya una completa inmovilidad, cada día más acentuada por la cabeza caída, la voz opaca y los brazos sobre las rodillas.

Pero había algo más terrible y que aumentaba más aún la amargura del casullero: ver su amada ciudad destruída, su catedral cerrada, sus amigos ausentes, los im-

píos prosperando y trocado todo su plan de vida, no le afligía tanto como la falta de mantenimientos, el espectro del hambre cruel y desoladora que se acercaba á más andar. En las panaderías se formaban por las mañanas grupos que pedían pan á cualquier precio y que armaban fenomenales zipizapes amenazando con la muerte á quien no les diera lo que habían menester. El pan que había valido siempre á tlaco cada pieza, se vendía por los principios de Mayo á real y á peseta, y eso cuando había quien lo vendiera, pues las más ocasiones caía en manos del pueblo famélico antes de pasar á poder del que lo pagaba. En la panadería de la calle de Raboso hubo el primero de Mayo cuatro heridos, y un muerto el dos en la panadería del Correo Mayor: en la calle de Herreros llegó á revestir tales proporciones el tumulto, que fué necesario enviar dos compañías á dispersar á los revoltosos.

Desde el principio del sitio faltó la carne fresca, y aunque el tasajo suplía en parte, llegó á escasear tanto este mismo, que había quien cortejara al poseedor de un trozo de carnaza apestosa como si hubiera sido una niña guapa y heredera de un fortunón.

Los pobres sufrían las de Caín, y si durante algunos días les bastaron los acopios que habían hecho en los principios del sitio, después se hallaron poco menos que en blanco. Sedeño, á fuer de prudente, había ocultado cinco ó seis fanegas de maíz y otras tantas de trigo y ce-

bada procedentes del diezmatorio angelopolitano (*olim tlaxcalensis*) y merced á aquello iban viviendo los asendereados habitantes de la calle sola; mas ni aquello era mucho, y aunque lo fuera valía la pena de exponerlo á las pesquisas de los sabuesos que andaban á la que saltaba.

Pancho había sabido detalladamente todos los sucesos de las heroicas jornadas del Carmen y Totimehuacán, y se había quedado asombrado de lo que podían el hambre y la rabia combinadas. Aquello no era batirse, no era cumplir con su deber, no era rechazar al enemigo extranjero; era volverse loco, pelear con dientes y uñas, y marchar derecho contra los que tenían lo que el hombre ambiciona aún más que la *fembra placentera*: el *mantenimiento de cuerpo*, que es la base de toda empresa humana.

En Totimehuacán los mexicanos salieron de sus posiciones y llegaron á unos cuantos metros de la trinchera francesa, de donde fueron rechazados con grandes pérdidas, mas conduciendo consigo una buena cantidad de salchichones y chorizos que quitaron á los Cazadores de Africa. Quedó á la orilla del foso francés un buen número de difuntos; pero el fuego no cesaba ni un momento y por cierto que causaba grandes pérdidas en la avanzada francesa, pues los tiros se hacían casi á quemarropa. Ocurrieron los cazadores á ver quién era el osado que se colocaba en puesto tan peligroso, y hallaron á dos sargentos de Durango, de los cuales uno tenía rota una pierna y otro

las dos: se habían estado batiendo sin esperanzas de auxilio, aprovechando los fusiles y el *parque* diseminados y parapetándose con el montón de cadáveres. Fueron llevados en triunfo al puesto francés y tratados con grandes consideraciones: uno murió al ser conducido á la ambulancia, y el otro al sufrir la desarticulación del muslo derecho.

Ese mismo día, dentro de la zona de fuego mexicana y fuera de la francesa, quedó un zuavo que parecía muerto, pero que en realidad no estaba sino ligeramente herido, habiéndose echado al suelo para librarse de los fuegos cruzados de los contendientes. Un plateado de los que mandaba Antonio Pérez, jefe de la escolta particular de Ortega, vió al gabacho tendido cuan largo era, le echó un lazo por los pies, picó al penco y corrió en dirección del fuerte. Al llegar, dijo el arrastrado limpiándose el polvo y tanteándose las lesiones:

— No me gusta mucho el modo que tienen de transportar á los heridos peligrosos en esta tierra.

Porque así era en aquella lucha: la risa junto á las lágrimas, la desolación al lado de la despreocupación, la frase de terror cerca de la frase ingeniosa, mordente y expresiva. Las bromas eran cosa diaria, y por cierto que las había de muy buena sombra. Sabedor el general Llave de que cierto sacerdote se rehusaba á confesar á un enfermo, pretextando que había el tal jurado obediencia á la Cons-

titución y á las leyes de Reforma, mandó colocar al pobre cura en la trinchera de la sacristía de San Agustín, en momentos que llovían confitazos de una y otra parte. Pasados los tres cuartos de hora que duró el asalto, bajaron al curita, que se quedó tan sereno como si le hubieran puesto á oír el *miserere* en San Pedro de Roma.

Joaquín Llave, sobrino y ayudante de Don Ignacio y á quien los muchachos llamaban *Flautín* á causa de su delgadez, convidaba frecuentemente á Pancho Olivos á hacer las más tremendas diabluras que podían caber en mente de chicos mal criados. Vestirse de mamarrachos con las ropas que se encontraban en las casonas abandonadas por los ricos, ir hasta las trincheras de los contrarios y gritarles en francés las atrocidades más espantables, exponerse al fuego enemigo por una *galaneta*, eran cosas diarias y que se realizaban en los cuatro ámbitos de Puebla cien veces por día. Pero lo que constituía uno de los deportes más ordinarios para los de Veracruz, era el asustar á los pobres empleados de la Intendencia ó á los pocos militares afectos á no ponerse cerca del fuego. El procedimiento consistía en ocurrir á la maestranza y pedir granadas vacías con sus espoletas, llevando luego á alguna de las manzanas fortificadas á la víctima. Uno de los guasones arrojaba la granada con la espoleta encendida por encima de alguna pared, y á la hora que la pólvora comenzaba á murmurar y que la granada daba

vueltas sobre sí misma, era el echarse por tierra, el lanzar ayes é imprecaciones y el querer salir á toda prisa por la horadación más próxima; y como los graciosos habían tenido buen cuidado de tapiar previamente todas las salidas, el susto duraba un rato y las risas y la diversión mucho más.

Estos mismos veracruzanos proporcionaron á Pancho manera de alimentarse bien durante el sitio. Una tarde le llamaron sigilosamente á la calle de Misieses, y por la casa contigua al alojamiento del general La Llave, se introdujeron á un corral que el subteniente identificó más tarde. Allí vivía una familia compuesta de un viejo turenés y sus dos hijas, muchachas dulces y sabrosas, que en cualquier otro tiempo habrían encantado á los oficialillos. Entonces no las enamoraban porque iban sólo con fin utilitario y no amoroso: el turenés había conservado tres vacuitas que, aunque diminutas y estragadas, producían la leche necesaria para mantener á los tres ó cuatro de la conspiración y á la familia francesa. No sé qué trazas se darían los malditos muchachos, pero el caso es que nunca llegaron á faltar cebada fresca y buen maíz á las vacas de Mr. Campardon, como se llamaba el franchute.

No dejó Pancho de ocurrir mañana y tarde á beber su café con leche; al francés le cayó en gracia aquel chiquillo gracioso, avisado y valiente á más no poder, y no tardó en proporcionarle oportunidad de que viera y conociera

á las dos chicas. La una era gruesa, colorada, metida en carnes y güera camarona; Pancho le encontraba parecido con el zuavo que había querido matarle en San Marcos, cuando Porfirio le había salvado la vida. La otra era espi-



ritual, rubia, espigada y graciosa. Los nombres de las chicas estaban de acuerdo con sus sendas fisonomías: la gorda y basta se llamaba Nicole, la otra tenía por nombre Violette. Tomaron las niñas aquellas más parte que hubieran querido en la vida y andanzas del oficialito, y de esas cosas sabrá quien tenga la paciencia de acompañarle

en sus futuras peregrinaciones; mas ciñéndonos por ahora á nuestro asunto, diré que en Puebla fueron su providencia constante, sirviéndole para coserle la ropa, curarle las heridas y proporcionarle algo que se pareciera á calor de hogar entre aquel horrible destrozarse y aquel gran peligro de morir.

Amaneció el cinco de Mayo y amaneció en los dos ejércitos la idea de que habría de fijo un ataque tremendo por parte de cualquiera de los dos contendientes; los franceses creían que los mexicanos trataban de asegundar su victoria del año anterior; los mexicanos, que sus contrarios iban á buscar el desquite del descalabro famoso. Por eso se pactó el canje de prisioneros para semejante fecha, acordándose que saliera el grupo que conduciría á los franceses por la garita de Cholula, pues las otras estaban en poder de los sitiadores. A las ocho de la mañana, llevando al frente una trompeta y una bandera blanca, partió de Puebla el grupo mexicano que iba bajo la conducta de Lalanne y Togno, llevando consigo á varios subalternos, entre los cuales se contaba Pancho Olivos, que solicitó ese favor porque quería ser el primero en abrazar á su hermano.

El teniente coronel Viala y el coronel Lajaille encabezaban la comitiva francesa. Salieron los canjeados poco á poco, vendados con sendos pañuelos blancos; el trompeta mexicano tocó al aproximarse á la avanzada con-

traría; mas apenas llegó el grupo á tiro de fusil, los cazadores de Francia, que guarnecían el primer puesto, hicieron una descarga que sorprendió grandemente á todo el mundo; cuando se disipó el humo, se vió por tierra á los oficiales franceses, en pie y enhiestos á los mexicanos y al intrépido Galland. Cuando el coronel Lajaille vió que los que se habían quedado en pie se miraban, se daban de codo y por fin se sonreían, empezó un discurso que mal año para el de las armas y las letras. «Eso, dijo, no era valor ni Cristo que lo fundó; que hubiera muerto cualquiera de los presentes, y maldito el provecho que semejante desgracia hubiera traído á las respectivas causas. En el combate estaba bien exponerse; pero en un reconocimiento obscuro, en una encrucijada insignificante, cuando ni Dios ni el diablo se enteraban del sacrificio, era insigne sandez ir á dejar la vida. El soldado debía morir, si era preciso, pero *urbi et orbi*, cuando estuvieran á la vera un Horacio Vernet para pintar el paso, y un Adolfo Thiers para relatarlo.» Todo exactísimo, mas ¡cuán á hueco sonaba á los soldados que sentían el ansia del peligro, á quienes no importaba la muerte obscura y que si algo rehuían era el oropel y la notoriedad! Por lo demás, el canje se hizo individualmente y por grados; y como sobraban muchos soldados franceses que no había por quien canjear, los mexicanos los dieron de *ñapa* por sentar plaza de hidalgos y, sobre todo, por ahorrarse muchas bocas de

las cuales cada una consumía más que las de tres ó cuatro mexicanos.

Miguel Olivos regresó tan rollizo, frescachón y arriscado, que daba gloria verle. Al mirar á aquel muchachuelo flacucho y crecidillo, que le esperaba extendiéndole los brazos, sintió que algo se le removía dentro del pecho, pues ignoraba la presencia de Francisco en Puebla y la situación de sus padres en México.

— ¡Pancho, Pancho de mi alma!... ¡Al fin te viniste, canalla!

— ¡Qué, quieres! dijo el otro; tus triunfos y heroicidades no me dejaban dormir y pensé en presentarme para echarte pie adelante.

— Bien hecho, bien hecho... Háblame de todos... *Génie*...

— *Génie* te tiene en casa un regalillo que no dejará de agradarte... El haber venido por aquí se debió casi al deseo de participarte la noticia: hombre, y muy gordo y muy guapo; dicen que es el retrato de mamá... Chilla como un becerro y tira de la teta con unos bríos que para mí los quisiera al halar de la cecina infecta que nos dan de orden de los mandones.

— Ya me lo figuraba; pero me alegro mucho... de que me lo confirmes, dijo el padre novel, temblando como aterido bajo aquel sol de justicia... ¿Y cuándo nació?

— Nada menos que el día de lo de Santa Inés, á la hora que cayó el bombazo en la casa.

— ¿Cayó una bomba en la casa? preguntó estupefacto Miguel.

— Y de las de veintidós pulgadas...; mató á cinco ó seis monjas y volvió loco á un curita versificador.

— ¡Pobre *Génie*!

— Ni cuenta se dió del caso; hasta que le comunicaron lo que pasaba supo qué había sido aquel estruendo.

Pronto llegaron á la calle Sola.

Lágrimas, gritos de angustia, vivas y caras azoradas recibieron en la casa á los militaritos. Acababa de estar por allí un oficial de la Intendencia, y con muy malos modos había cargado con lo que quedaba de provisiones.

— Hasta el café de mis hijas, señor don Miguel, decía Sedeño haciendo pucheros; hasta el café de mis hijas que se cocía en un jarro, se han llevado estos malvados que Dios confunda. ¿Qué haremos ahora para mantener á esta familia, á estas familias que no contaban más que con mi bastimento? Este es el fin del mundo.

— ¡Malditos sean, roncó Tirso en tono de epifonema, los juaristas que han desencadenado ese inmenso número de calamidades sobre esta tierra tan digna de mejor suerte!

Sedeño tuvo un conato de rebelión contra su Richelieu.

— ¡Malditos sean los juaristas, sí, pero más ó por lo menos otro tanto lo sean los franceses que nos han traído